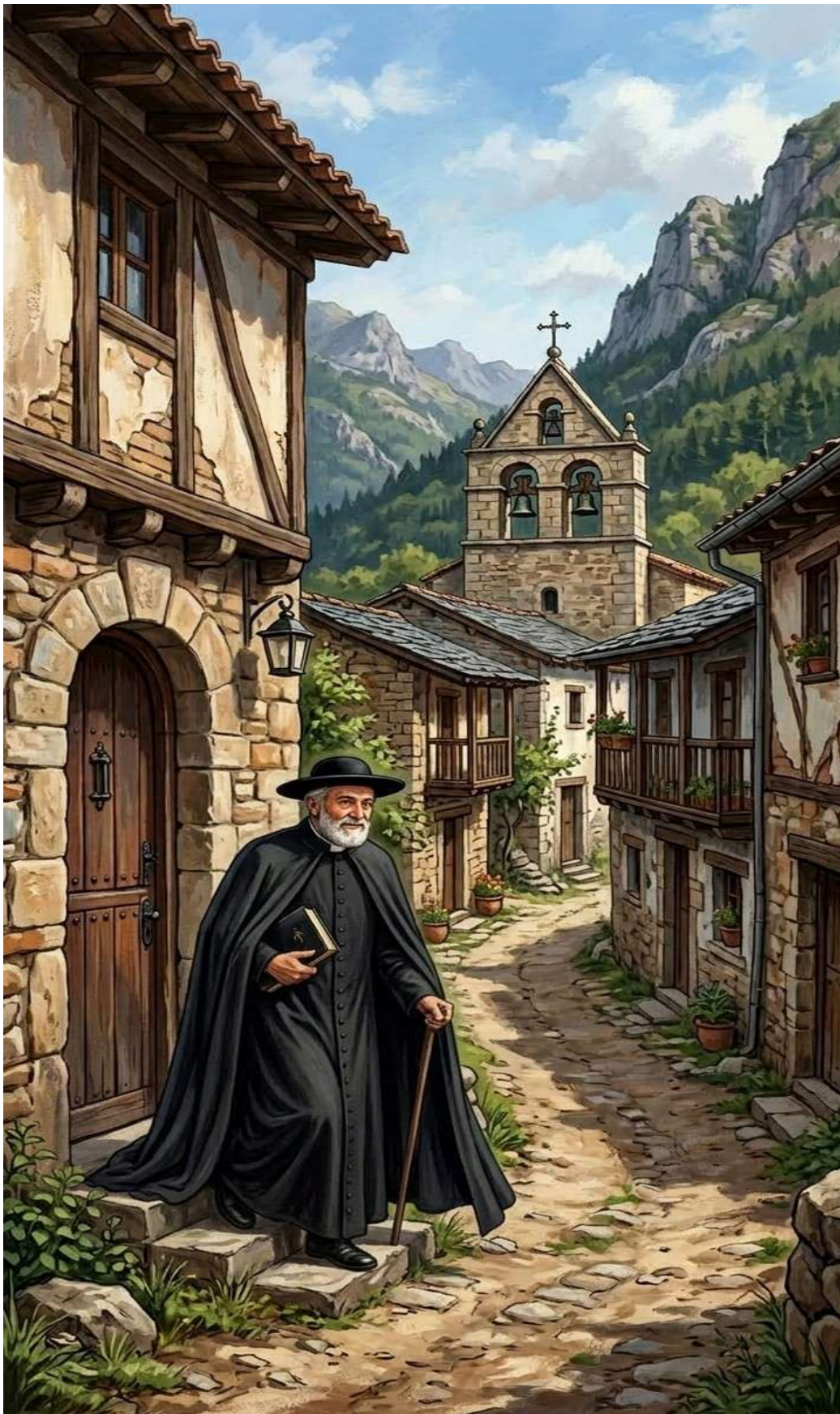


EL HABITANTE DE LA RECTORAL



Pallide 1956

Hoy es lunes de un mes primaveral del año **1956**; podría ser otro día de otro mes y de una estación diferente de los últimos mil años, la edad comprobada del pueblo de **Pallide**. Unos trescientos vecinos y vecinas del pueblo, han despertado temprano y el trabajo distribuye a los agricultores y ganaderos en los campos, las casas, cuadras y corrales. Amanece una jornada cálida y luminosa, pero nos puede servir otro día cualquiera, frío y nublado, lluvioso o nevado. En el **Pallide** de ese año y tiempo primaveral transcurre nuestra **historia** con un guion que se puede clonar en innumerables pueblos del planeta desde hace siglos porque, aunque ocupa el espacio y tiempo de un reducido caserío, se replica en un mundo ilimitado.

La historia discurre en paralelo a la vida real de habitantes reales, como suspendida de un hálito intemporal y rebosando los espacios y tiempos limitados. Hasta los misterios de la intangible esfera sobrenatural de eternidades tienen cabida en este relato terrenal del pasado y del presente. Una **historia** que, por otra parte, resulta necesario detallar a los nacidos en el siglo XXI, aunque los llegados al mundo antes de esa fecha, podemos recordarla con la precisión y nostalgia de lo ya vivido. Abundan en la historia palabras, gestos, usos y afectos que se han difuminado con el tiempo, han perdido sentido y podrían requerir un vocabulario aclaratorio para nuestros posibles jóvenes lectores.

Hacia las nueve de la mañana de ese día, un **personaje** vestido con una larga túnica negra, una sotana ribeteada por una sarta vertical de botones rematada en un alzacuello blanco, acaba de salir por la puerta de una casa situada en lo bajero (barrio de abajo) del pueblo. Podemos distinguir un manteo negro sobre los hombros y una teja circular que le cubre la cabeza. En la mano porta un libro de pasta de cuero negro y cantos dorados, una Biblia o un Breviario. La casa de su partida presenta un aspecto exterior semejante a otras de la misma calle Real, pero extraña en ella la ausencia de carros a la puerta y de trastos de trabajo en el corral. Los habitantes del pueblo la llaman la **casa rectoral**, como la llamarían, en otro idioma, en millares de pueblos del país, incluso de todo el Occidente cristiano.

D. Serapio

Ponemos ya nombre e identidad a nuestro personaje: se trata de D. **Serapio García Puente**, presbítero, párroco, cura o sacerdote católico romano de este pueblo. Desde hace más de dos milenios, gentes como él, con su misma o similar vestimenta, con otros nombres y parecido aspecto, habitan incontables casas **rectorales** en los pueblos de toda la montaña de León, en España y en el resto del orbe cristiano; todos varones.

Las campanas de la iglesia

D. Serapio enfila la cuesta que divide al pueblo, con parsimonia, sin urgencias aparentes, con la seguridad de quien la ha remontado cientos de veces. De camino, se encuentra con el tío **Jesús** y su nieto pequeño. El primero lo saluda con un “Buenos días nos dé dios” al tiempo que, con gesto respetuoso, retira la boina de la cabeza; el **nieto** acude con devoción a besar la mano que le presenta el caminante ensotonado. En el barrio de arriba se levanta la **Iglesia** desde tiempos inmemoriales, como otras iglesias de la montaña de León y del mundo, diferentes entre sí en el tamaño, el estilo o la ornamentación. Un **pórtico** da acceso al templo amueblado con dos filas de

bancos sobre las que se levanta un coro rematado por una gastada baranda de madera. Al frente, un altar e innumerables imágenes de santos y santas, moradores habituales de las cuatro iglesias del **valle** que compiten santamente entre ellas. Podemos ver, además, dos altares laterales, un retablo con la imagen destacada de **Santiago**, un confesonario, una enorme pila bautismal de piedra bajo el coro, una lámpara encendida y abundantes velas y flores.

D. Serapio toma agua bendita, se santigua y unos minutos después, la **campana** grande, desde la espadaña de piedra, repica su tañido matinal por el valle, como todos y cada uno de los 365 días del año desde hace siglos. El tañido de campanas de **Reyero, Viego y Primajas** responden como un eco de competición a la de Pallide. Dentro del amplio margen de esas horas, cientos o miles de campanas de la montaña oriental de León y de España, repiten esa llamada. En otros lugares del **mundo**, con husos horarios diferentes, la llegada del sol pondrá en marcha de forma idéntica ese tañido metálico sincopado. En esos pueblos como en éste, algunas **mujeres**, con velos negros en la cabeza, salen de sus casas, se saludan, y se van acercando al templo, como lo han hecho sus vecinos y vecinas desde tiempos inmemoriales.

In nomine Patris et Filii ...Introibo ad altare.... e Ite, missa est.

Al poco tiempo, una secuencia de tres tañidos secos, un repique, indica que la ceremonia de la **missa** o eucaristía va a comenzar, una vez que Alfredo el monaguillo ayuda a vestir al sacerdote en la Sacristía, enciende las velas y prepara las vinajeras. Aunque él no lo sabe, no es único en el mundo, proliferan incontables **monaguillos** en el planeta, con esa misma tarea. Todos varones. Antes de comenzar, el señor cura se ha sentado en el **confesonario** al que se acercan dos penitentes para recibir la absolución, prometer enmienda y rezar la penitencia. Se trata de un acto íntimo en un lugar discreto con rejillas laterales, ventanilla frontal, reclinatorio exterior y asiento interior que se replica generosamente en las iglesias católicas de todo el mundo.

Comienza la ceremonia en **latín**: “ **In nomine Patris....Introibo ad altare dei**”, respondido por las feligresas y el monago a D. Serapio que, de espaldas al pueblo, se ha revestido con alba blanca, cíngulo, manípulo y casulla de color rojo. Continúa la ceremonia durante casi una hora; las feligresas se arrodillan, responden, se ponen de pie o se sientan a intervalos ordenados. La ceremonia finaliza con el “**Ite, missa est**” y las feligresas, después de responder “Deo gratias”, regresan a sus casas compartiendo secretos y chismes del poblado. D. Serapio toma el camino inverso hacia la casa rectoral y saluda a las caminantes con un tibio: “que Dios os acompañe”.

El señor párroco

A lo bajero (barrio de abajo) del pueblo, la frenética actividad de la calle y de las casas y cuadras chocan con los muros silenciosos del patio de la **casa rectoral**. Allí permanecerá el señor párroco a diario con alguna visita puntual al lecho de un feligrés enfermo o a un paseo para leer el libro negro con tapas de cuero y cantos dorados que lo acompaña siempre. Ha sido parte de su rutina diaria durante los catorce años que lleva en la **parroquia** y así la repiten diariamente los cientos de miles de párrocos de los pueblos del planeta cristiano.

Por la tarde la campana volverá, como en el resto del mundo, a repicar dos veces para llamar al rezo del **Rosario** a la Santísima Virgen María. Varios niños y mujeres y algún varón se

congregan para solicitar con repetidos “Ora pro nobis” la intercesión de la madre de Dios “ ahora y en la hora de la muerte”. Para el párroco y sus feligreses los domingos, días festivos y algunas celebraciones comunitarias, abrirán paréntesis liberadores en este ritmo uniforme de vida, casa, iglesia y campanario. Al **templo**, además de rezar, se va a ver y ser visto, a hablar, a compartir o a celebrar en comunidad, a recibir a los vivos y a despedir a los muertos. Y en todas estas ocupaciones, el señor cura es la **autoridad** y guía indiscutida, como muestra la palabra final más repetida por sus feligreses: “Amen”.

Es evidente, por el tipo de vivienda y la inactividad que presenta la casa **rectoral**, que nuestro personaje no siembra ni siega, no pertenece al mundo del **surco y el marallo**. Hace catorce años, el señor **Obispo** de León, siguiendo instrucciones superiores de Roma, nombró a este joven, natural de Prioro, **párroco** del lugar, previos doce largos años en el seminario. Se considera ahora un pastor de la militante Iglesia católica Universal, un hijo de Dios miembro destacado del Cuerpo místico de Cristo. Forma una pieza esencial de una rígida y jerárquica estructura sagrada que, liderada por el **Papa** de Roma, se extiende por el orbe civilizado. Esa institución fundada por Cristo pastorea, desde hace dos milenios, a más de 800 millones de fieles con miles de arzobispos, obispos, cardenales, sacerdotes, monjes y monjas. Tanto clérigos como fieles exhiben como un privilegio, frente a ateos u otras religiones, el pertenecer a la Iglesia Católica Romana, la única **verdadera**, el exclusivo camino de salvación eterna.

El habitante de la casa rectoral, en la que convive con su madre, es soltero, más exactamente **célibe** obligado por voto sagrado de castidad; eso explica que en la casa no habiten otras mujeres ni convivan hijos. Sobrevive sin laborar, porque en esos momentos España, a diferencia de otros países, se rige por el nacional **catolicismo** y el Estado lo tiene en nómina como un funcionario de carrera, que completa el sustento diario con la aportación de los feligreses en pago a sus actividades y funciones. Estado e Iglesia católica se solapan, ser católico y ciudadano, coinciden.

Toca, por tanto, desgranar las actividades y funciones de nuestro personaje fuera de los muros de piedra y cal de la casa rectoral. Para ello vamos a acompañar la vida cristiana de dos feligreses, que acaban de nacer estos días en el Pallide de **1956** en familias diferentes: **María y Ángel**.

Los catecúmenos María y Ángel.

La pareja va a iniciar un camino, del nacimiento a la muerte, siempre al amparo de una iglesia, unas campanas, una cruz y una sotana. A los pocos días de nacer, sus padres los llevaron a la Iglesia, allí recibieron en el agua de la pila bautismal el sacramento del **bautismo** que borró su pecado original y los transformó en dos de los casi mil millones de católicos del mundo. El párroco los inscribió en el libro de **Bautismos** que conserva desde hace muchos años los nombres, con frecuencia alusivos a personajes religiosos, y las familias y padrinos de los bautizados, que en este año y pueblo de Pallide, como en toda España, son una aplastante **mayoría**.

Credo in unum Deum...

Al hacerse mayores, nuestros bautizados vecinos asumen la obligación, bajo pena de **infierno**, de acudir a la iglesia todos los días **festivos** y, al menos una vez a la año, la pareja se obliga a **confesar** sus pecados a D. Serapio, que los absuelve y perdona en nombre de Dios. En esos días festivos el sacerdote predica, con entusiasmo variable, el **sermón** u homilía que los feligreses

suelen considerar a veces excesivamente largo. En ella, a partir de textos leídos de la **Biblia**, va descifrando las creencias de la religión que el 99% de los feligreses aceptan o ignoran o, al menos, no niegan. Detalla cómo **Dios**, Uno y trino, que existe desde siempre, creó el mundo y al hombre y la mujer con sus almas, los albergó en el Paraíso Terrenal y cómo estos pecaron, con resultado de dolor, vejez, trabajo y muerte para todos sus descendientes.

Les recuerda la encarnación de Dios en una **virgen**, ahora madre de innumerables advocaciones y de ferviente devoción en cada pueblo y ermita, para llevar a cabo la redención de la humanidad pecadora. Dramatiza hasta las lágrimas la cruel muerte de Cristo, su hijo y Dios, en la cruz, su resurrección y el libro sagrado e inerrante que reveló como mensaje. Cada día, en cada misa los feligreses de Pallide y de la Cristiandad dejan constancia de esa fe recitando en latín el Credo de Nicea: “Credo in unum Deum...” Del libro sagrado de la Biblia, va tomando explicaciones, milagros, parábolas, cartas, normas y ritos. Los conduce a identificar lugares remotos como Roma, Jerusalén o Egipto y personajes como Moisés, Salomón o Pilatos que vivieron hace miles de años. En muchas ocasiones toca exaltar la vida y milagros de alguno de los **santos** y santas, feligreses ejemplares ya en el Cielo, cuyas imágenes pueblan los dos altares laterales. Uno de ellos, el **apóstol Santiago** es, además, el patrón protector del pueblo de **Pallide**.

Con frecuencia, los estimula a guiar su vida por el código moral de los **diez mandamientos**, que deben cumplir para evitar las penas del infierno eterno. Merece especial insistencia el **sexto** mandamiento que desgrana límites al sexo y se concreta en el baile, el vestido femenino, el beso, el noviazgo o las pasiones del amor. A los cumplidores les promete Cielo o, al menos, el **purgatorio**. A sacar las almas de este provisional suplicio van dirigidas todas y cada una de las misas que los fieles ofrendan cada día, previo pago del estipendio establecido. Esa misma función ejerce la **bula** y las indulgencias que el señor cura vende y todos los vecinos compran y ganan una vez año.

D. Serapio es de buen carácter y generoso en el perdón, por eso no aterroriza a sus feligreses con los castigos **infernales**; se siente más padre y pastor que acusador, porque desde las ventanas de la casa **rectoral** contempla el duro caminar diario de sus ovejas en este leonés valle de **lágrimas**. Considera cruel añadir culpa, sufrimiento, dolor y remordimientos al ya asumido por haber nacido humanos y trabajadores atribulados en la tierra arisca y escasa del valle de Reyero. Por eso **ayuda** en lo que puede: certificados de buena conducta, impartir catequesis o a redactar documentos o cartas a las personas analfabetas. Es de carácter retraído y tímido; ahorra tiempo en conversaciones con sus vecinos y vecinas laicos y laicas. Cuando el Sr **arcipreste de Vegamian** se lo hace notar, le responde con pesar: -” Conozco muchas cosas de Dios y la iglesia, pero de vacas y arados no sé nada; de qué voy a hablar con ellos”. Compartía con sus compañeros clérigos la **soledad** y el desarraigo que lo atormentaba en un pueblo aislado y que iba perdiendo niños y mayores los últimos años. Es posible que, a veces, lo tentara el abandono.

Los caminos de Dios.

En ese tiempo, nuestros dos amigos, María y Ángel, van creciendo y, después de una larga preparación en la que deben aprender de memoria las preguntas y respuestas del **catecismo** del padre Astete, celebran la primera **comunión**. En este acto familiar al que acuden con trajes de solemnidad, comen en realidad, como les explica el padre Astete, no el pan que se ve sino el cuerpo y sangre del mismo Cristo, que permanece invisible. Al menos una vez al año deberán repetir, bajo

pena de pecado, este convite sagrado. Cuando rozan la edad adulta, el superior jerárquico, el Señor Obispo de León, revestido con capa, anillo, mitra y báculo, los **confirmará** como católicos adultos. Los azares del destino han convertido, con el tiempo, en novios a nuestra pareja; el sacramento del **matrimonio** celebrado con pompa en la iglesia les ofrece para siempre vía libre al sexo y la procreación, y fundamentará el núcleo indisoluble de una familia que dará continuidad a sus creencias y vida católica.

El pueblo sigue trabajando en **surco y marallo**, pero ya comienzan a escasear los niños en la escuela, un presagio preocupante cara al futuro. D. **Serapio**, como el pueblo, sigue envejeciendo atado a sus rutinas, ceremonias y creencias y posiblemente atormentado, como humano, por sus dudas, vacilaciones y soledades. Finalmente nuestra pareja, en fechas cercanas, envejece, enferma y **muere** como consecuencia última del castigo de Adán y Eva. En esos momentos, don Serapio se convierte en el padre que los acompaña, confiesa, les abre la puerta de un Cielo eterno administrando el sacramento de la **extremaunción**. En esa misma semana, las dos **campanas** repican un tañido fúnebre, el mismo desde hace siglos, que comunica a todo el valle el final terrestre de algún feligrés. A los pocos días, el Sr cura, acompañado de otros dos sacerdotes del arciprestazgo con dalmáticas negras, dirige en la parroquia la misa solemne de **difuntos** ante el féretro y preside la procesión que los acompaña al cementerio atravesando el pueblo. Allí recita responsos por su eterno descanso, rocía con el hisopo tumba y féretro y, en días sucesivos, celebra las misas de difuntos por la salvación de sus almas. “Requiescant in pace”, reza la despedida y deseo finales que los fieles responden con: “Amen”.

Católicos no practicantes

Pero **1956** ya pasó y ahora la historia se traslada al finales del **siglo XX** pasado, en el mismo pueblo, tampoco importa la estación o el mes. La **casa rectoral** no está habitada; su habitante, sin dejarse sentir, ha desaparecido hace tiempo, quizás lo han trasladado a otra parroquia, haya desertado o muerto. Desde hace años, la casa ha entrado en un proceso de olvido y de ruina, como miles de casas rectorales vacías de los pueblos de la España vaciada. Ser cura no atrae a los jóvenes, el seminario agoniza, y el obispo no puede enviar párrocos a cada parroquia. Las ceremonias diarias y festivas que ofrecía don Serapio, son asumidas por otros sacerdotes ya sin sotana ni teja, venidos de fuera, de **paso** y de lejos, se van espaciando a días, meses incluso años. Poco a poco, quedan reducidas a los **entierros** y a las fiestas patronales.

La despoblación o la falta de voluntad ha vaciado los solicitantes de **Bautismos**, confirmaciones o bodas. La indiferencia o la edad de los escasos residentes vacía la iglesia y la misa ocasional que celebra un cura desconocido, que comparte decenas de parroquias y ya no vive en la casa **rectoral**. Los feligreses que inician su viaje definitivo parecen preferir la asepsia fría de un hospital de León a la alcoba cálida del pueblo y a la compañía esperanzada y los oleos sagrados del D. **Serapio** de turno. Como también han preferido la urna o el nicho al acogedor vientre de la tierra del cementerio de San Roque o el tanatorio a la vigilia doméstica de duelo.

Además, las creencias, normas y tradiciones que D. **Serapio** revivía en sus sermones se van agostando; la gente **joven** apenas las conoce ni las valora. Y los adultos, feligreses devotos y cumplidores, se van sustituyendo por la indiferencia de **católicos** no practicantes, atados a las tradiciones, a las ermitas o las romerías, pero sin firmeza en la convicciones y en la exigente práctica del Evangelio. Los sociólogos lo achacan al avance del proceso de **secularización** de

Occidente, que es también España. El país ha cambiado desde finales de siglo y ya vive bajo una Constitución aconfesional; el ser católico es una opción respetable, entre otras.

Declives

Hoy, un lunes primaveral en Pallide del año **2025**, nadie sale de una casa **rectoral** situada a lo bajero del pueblo en la calle Real, que acompaña en su **declive** a otras casas del pueblo, unas veces alquilada, otras vandalizada y, al final, derruida o vendida. Las casas rectorales, en la mayoría de pueblos de España, son hoy solar en venta, teleclub, un bar o una estupenda casa rural. Y al declive de la casa rectoral se añade el declive de la **iglesia** parroquial, casi siempre cerrada o conservada por la sociedad civil como tradición; las campanas permanecen mudas salvo el día de la Virgen de la ermita o del entierro. Si en este momento saliese de la antigua casa **rectoral** un personaje con el vestimento de D. **Serapio**, mucha gente joven lo identificaría con un **fantasma**, o un atrabiliario antisistema, no serían capaces de definir ni su vida ni sus funciones. No se acercarían a besarle la mano, no lo tratarían de usted, ni se quitarían el sombrero o la visera.

Incluso, el **Dios** único y trino que el sacerdote decía representar, que los fieles mencionaban a cada paso y que daba sentido a sus vidas se ha diluido o ha ido tomando otras formas, como si hubieran llegado multitud dioses nuevos: el progreso, el ocio, el éxito, el dinero, el placer, el yo, la libertad, la justicia, la ecología. Y han edificado otros templos sin espadaña, párrocos ni campanas y casas rectorales sin rector: autopistas, internet, discotecas, supermercados, galerías, bancos,.....

Algunos de los escasos habitantes mayores del pequeño pueblo, cuando pasan por la calle de la antigua casa **rectoral** o bordean la iglesia cerrada, se santiguan y siempre rememoran con nostalgia vidas pasadas. Se trata de un gesto desesperado de amarre a la tradición, un esfuerzo para una vuelta que se ve imposible, el símbolo de una derrota espiritual y desconcierto que acompañan con frecuencia a la edad y al abandono. Incluso, hay quien piensa que resulta viable y deseable un pueblo rural sin casa **rectoral**, sin tradiciones religiosas ni iglesia. Otros, ya mayores, viven con la esperanzada nostalgia de volver a ver a D. **Serapio** salir de la casa **rectoral**, oír la campana grande y derribar en solidaria comunidad, la puerta, años cerrada, de la iglesia parroquial.

Una esperanza

Quizás no ha habido **tiempo** para sustituir con eficacia a esos dioses perdidos y lejanos, a acondicionar esas casas e iglesias cerradas, ni a elaborar alternativas para ofrecer sentido e identidad, para romper la soledad y el abandono de los habitantes de pueblos ignorados. Y mucho menos para fundamentar **creencias** vivas en la lógica y la razón, para crear una “religión” serena, privada y comunitaria, local y globalizada, con una trama ecuménica que congregue, celebre y cultive la convivencia y ofrezca sentido a los ciudadanos del siglo XXI.

Una **religión** con mandamientos de paz, igualdad, tolerancia y respeto que remoce las conciencias y vigorice las vidas, como el progreso ha remozado y reavivado las calles, los trabajos y muchas casas del pueblo que habían sido abandonadas. Unas creencias que ofrezcan metas terrenas compartidas, utopías más cercanas y viables, alternativas salvíficas a las prometidas en la iglesia por D. **Serapio**, el antiguo habitante de la casa **rectoral**. Porque, como le respondía el tío **Ramiro**, único vecino renuente a pisar la iglesia y compañero de partida de julepe en la casa rectoral: “Usted y yo, la tierra del valle de Reyero y el mundo entero somos, en el fondo, una parte de Dios”

Melquiades, 2026, agosto